

nas le decían que no se plañiese así, pues quejándose del desamor de los dioses inmortales, exponía-se la cuitada con triste seguridad al amor terrible de los dioses infernales. Urvasia, herida en su amor y en su vanidad naturales de mujer, no deploraba que la requiriese y la llamase de algún modo el dios infernal. Con el amor de éste podría verse de seguro herida, pero no se vería despreciada. No le atormentaría el asentarse al borde del camino y pasar los dioses sin convertir á ella los ojos. Y en el infierno tomaría un desquite, torturar á un dios con su amor, ya que los dioses la torturaban á ella con su desamor. En Iama infernal pensaba compensarse de los desdenes inmortales. Así es que, arrastrada por tales sentimientos, no sólo se gozó de que Iama la requiriera de amores á ella, lo requirió ella de amores á él. Sus hermanas temblaron á esta temeridad horrible de aquella demencia, pues veían al dios de los abismos, vomitado por un volcán, yendo hasta los piés de Urvasia para enredarla en sus redes, y sepultarla en sus abismos, y consumirla en sus llamas.

Había hecho mal Urvasia invocando á Iama. Este dios era un dios nefastísimo. En la cima de un volcán, entre lavas humeantes producidas por erupciones terribles, envuelto en rojizos resplandores como los de colosal incendio, saltaba en saltos vio-

lentos hasta más allá del sol y volvía de nuevo á hundirse con rebotes súbitos en los más hondos abismos de la tierra. Recostado en pardas, casi negruzcas nubes, como las exhaladas de una forja, tenía en su mano un espejo de azabache, cuya superficie se tornaba verdosa en cuanto recibía el reflejo de un pecado y con el reflejo de un pecado el reflejo de un remordimiento. ¿Cómo y por qué buscar á semejante dios? ¿Cuál comparación cabía entre aquel sitio donde se hallaba ella y el sitio en que iba por precisión á hundirse así que oyera los requerimientos de Iama y aceptara su amor? Hermoso paisaje aquel, como todo valle abierto en las hendiduras gigantes de las titánicas cordilleras indias. Junto á ventisqueros de nieves perpetuas volcanes de llamas rojizas. Por un lado la incandescente lava cayendo en remolino de fuego, y por otro lado todo un río de puras aguas rebotando en catarata de blanquísimas espumas. Y entre aquellos contrastes, jardines y bosquecillos donde los granados y los limoneros en flor parecían tomar sus colores de las sendas cataratas, y las palmeras competían con los cocoteros como los bananos de anchas hojas con los ceibos de complicados ramajes, y las adelfas con los mirtos, y los brazos de la viña que los pámpanos festonan con el tupido velo de las lianas que mil gayas flores adornan, y la violeta



con el azafrán, y el madroño con la fresa, y los peces de mil colores perdidos en los arroyos de mil trenzas cristalinas con las aves tan maravillosamente pintadas que pueblan las alturas, y los espléndidos cielos encendidos por la luz más intensa que puede imaginarse, los abismos cubiertos por sombras negrísimas: contratos propios de tierras tan propicias al combate gigantesco entre la vida y la muerte. Perdido con seguridad había de tener el seso quien deseara pasar de aquel sitio grandioso al abismo infernal. Pero como Urvasia hiciera la evocación litúrgica, no había remedio; el infierno la llamaba con grandes llamamientos. Así en cuanto formuló temeraria la invocación, huyeron como tímidas tórtolas asustadas las bellas apsaras celestiales. Intentó andar Urvasia y no pudo. Un hedor ponzoñoso le trastornaba el sentido. Corriente de negra bituminosa erupción le pegaba los pies al suelo. La cabeza se le caía sobre el pecho como se cae sobre su tallo la flor por los calores agostada. Sus alas azules, cuajadas de átomos argénteos, se le tronchaban sobre las espaldas. Todo su cuerpo se asemejaba en los estremecimientos al arbusto sacudido por los huracanes. Al sentir estas ansias precursoras de todo cuanto le aguardaba, Urvasia se arrepintió y quiso retroceder en sus invocaciones infernales. Pidió, por tanto, socorro al dios de la luz

contra el dios de las sombras. Y, en efecto, la teogonía india guardaba toda suerte de torturas horribles para los condenados á sus tradicionales infiernos. En aquel abismo hendíanles las entrañas con las horquillas del dios abrasador y encendidas en el fuego de las forjas. Los rostros más bellos se tornaban verdosos al acceso del remordimiento. Las bellas vestiduras, de que tanto los indios se pagan, cambiábanse por sucio ropaje de tinieblas. Los corazones más sensibles eran cocidos en caldera de plomo fundente y la sangre convertida en ponzoña. Tormentos eran los tales muy propios para despertar el terror, y especialmente un terror como el natural á joven apsara, cual Urvasia, pues debía saber cómo iba por aquellos andurriales diabólicos Calí, la esposa de Shiva destructor, la cual tenía dos cadáveres por zarcillos, una sarta de cráneos por collar, al cuerpo manos de gigantes colgadas de las propias tripas de éstos, garras de tigre en todos sus dedos y un pico de lechuza para extraer y apurar la sangre caliente.

Cuando Urvasia quiso detener sus conjuros ya no era tiempo. El dios infernal salió á detenerla. No podía darse contraste mayor que la fealdad de Iama con la hermosura de Urvasia. Y sér tan feo como aquél sabía decir ternezas y requiebros á guisa de cualquier enamorado experto en achaques



del corazón. Así le ofrecía cómoda barquilla en lago de olvido, por cuya superficie bogaban negros y lustrosos cisnes. «No huyas, Urvasia, la decía. El que hizo tu rostro de un bello nelumbo, no pudo hacer tu corazón de un frío canto.» Y acercándose á ella con religioso respeto, la empujaba con violencia muy dulce hacia el infierno, so pretexto de que venía la noche y necesitaba pasarla, no al aire, amenazada por las serpientes, en lecho nupcial protegido por el amor. Urvasia no sabía lo que le pasaba. Pidió el amor de los dioses luminosos, y encontró el amor de los dioses infernales. Así apartaba de su lado el genio deforme. Parecía la gacela y Iama el cazador. ¿Cómo sus labios de rosa podían dar un beso en labios que deslustrarían aquel color? Los diablos no podían abrazar á las apsaras sino para destrozarlas, como el rayo á las palmeras. Urvasia, en el infierno, era violeta en el estío. Por eso esquivaba con todo empeño el dios, y corría huyendo de sus caricias, doliente y plañidera cual una cierva herida. Pero las ramas de aquellas selvas le cerraban el paso, y las hendiduras de aquellos terrenos le abrían abismos á los piés. Anhelosa, nerviosísima, por las ramas golpeada, entre las zarzas y sus abrojos cogida, cayó en brazos de Iama cual caen los pajarillos en las trampas y en los lazos del astuto cazador. Inútil

decir cómo se quejarían las apsaras al verse por este golpe separadas para siempre de aquella hija de los bosques. Habíase desvanecido cual una tenue mariposa la que imaginaban estrella fija. Así volaban por los campos con el zumbido de las abejas en furor, demandando la hermana predilecta de sus tiernos y enamorados corazones. Y en su dolor invocaban así á los brahmanes que guardan poderes como á los penitentes que guardan secretos del cielo. Pero no respondiendo los brahmanes, invocaron á los guerreros. Si aquéllos se ven presididos por sumos sacerdotes, vense precedidos éstos por sumos héroes. Pues bien; mientras los sacerdotes callaron, los héroes se rindieron al grito de las apsaras. Un rey apareció poco después que alzarán ellas al cielo su plegaria. Iba en su carro por los aires y levantaba nieblas en el cielo, como levanta el vulgar viajero polvo por la tierra. Las cuatro ruedas que sostienen el carro son como cuatro estrellas. Sus caballos son azules como el viento. Su manto como una nube tempestuosa, orlada por greca de fuego. Así las apsaras le rogaban rendidas que fuese pronto en socorro de Urvasia. Sabido es que las cuatro castas de la India salieron de Dios: los sacerdotes de la cabeza, los guerreros de los brazos, los comerciantes y agricultores de las piernas, los siervos y obreros de los piés. Por con-



secuencia, un guerrero, que representaba la fuerza, bien podía combatir con todos los infiernos y vencer al dios Iama.

En la teogonía india el guerrero y sus jefes, los monarcas, resultaban las hechuras más perfectas del cielo después de los sacerdotes. Sus cuerpos estaban formados con partículas del oro de Indra, si bien mezclados á varios átomos del encendido carbón donde ardía Iama. Por consecuencia, se reclusían en sus palacios cual en sus templos los brahmanes, y se negaban á la vista y al escudriñamiento de las clases inferiores postradas en vasallaje. Si un mercader ó un jornalero fueran osados á mirarle frente á frente, quedarían ciegos, como nuestras retinas se fundirían ó se quebrantarían de acercarse al sol. El alma de los indios inferiores no puede subir hasta el alma de los indios superiores, como el reptil condenado á la tierra no puede ascender hasta las aves del cielo. Por consecuencia, una voz del rey hacía temblar al sutra como un aliento del huracán al árbol. Levantado en el trono á manera del cedro en la cumbre, teñida la púrpura en sangre de sus enemigos, la frente sellada con el sello de la elección divina, amaestrado en la ciencia de Brahma, el cordón prescrito por los vedas al cuello, bien podía con todas estas ventajas atreverse á un amoroso enlace con cualquiera de las divi-

nas apsaras, y especialmente con Urvasia. Estas bellas ninfas, que los mercaderes y los sutras no podían ver, pues sus ojos no penetraban en las regiones á ellas naturales, eran visibles para los reyes. Así todas ellas se aglomeraron á su paso como una bandada de aves y le dijeron poéticamente sus cuitas. Hijas de las selvas, formadas por el vapor de los nublados y el rayo de la luna, volaban entonces alrededor del rey, como las mariposas alrededor del fuego. Parecidas á los enjambres y á los hormigueros, necesitaban, como éstos de abejas y hormigas mayores, ellas de su incomparable Urvasia. Y encerrada en las cavernas del mundo inferior, del mundo infernal, se parecía en semejante situación ó estado á un ave que hubiese vuelto á su huevo y á una mariposa que hubiese vuelto á su oruga. Sólo una voz, como la voz del guerrero, podía conmover á Iama; y sólo un brazo digno del cetro podía entrar en los abismos infernales. Las pobres apsaras no podían pedirle su gracia siquiera, temerosas de que las cogiese con violencia y las encerrara en su nido, ni más ni menos que encierra el buitre á las palomas en su estómago. En cuanto escuchó tal plegaria, dió el monarca orden á su cochero para que corriese á todo correr hacia la infernal caverna, dejando atrás el rayo de las nubes, el resuello de los huracanes, el pensamiento de los



hombres. Llegado, gritó con imperiosa voz para que abriese la boca el abismo y soltara la presa. Pero muda la enorme profundidad, montó el arco y puso la flecha. Como granizos la nube llevaba dardos su carcax, y se apercibía con todo empeño á conseguir su deseado logro. Las apsaras le veían de lejos y celebraban sus heroicidades. El relámpago no anda como aquel carro que despide por todas partes chispas. El sol no sabe uncir así los caballos de luz que traen piafando el día. Y mientras las ninfas loaban las hazañas del rey, éste inquiría todo cuanto estaba en torno suyo. Pero nada determinado veía. El aire caluroso, que hace de las mansiones infernales un horno, le quemaba con sus ardores la piel. Gotas hirvientes caían de los riscos, y al tocar en las piedras calcinadas, tornábanse humo. De vez en cuando pasaba un relámpago y fosforeaba la retina de torva lechuza. Mas de pronto la cueva se ilumina del subido color rojo, como las bocas de los cráteres poco antes de las erupciones próximas á reventar por aquellas hendiduras y derramarse por aquellos espacios.

Iama esgrime la horquilla candente que le sirve de cetro, y amenaza hendir con ella sin piedad á quien turbe sus dominios ó amenace sus fronteras. El tigre hambriento no acecha su víctima como el dios indignado acechaba su enemigo. Urvasia es-

taba desmayada junto á él y parecía en sus manos como la paloma de blanca pluma entre las patas de traidor raposo. A sus gritos las arañas infernales se hinchaban y se parecían á bueyes y elefantes monstruosos por sus desmedidas estaturas y su enorme volumen. Una nube de insectos y otra nube de murciélagos amenazaban al caudillo y pretendían inútilmente intimidarlo. El rey no hacía caso, ni á las vociferaciones del dios, ni al rumor de sus sombrías y siniestras aves. Fiero en su porte, ya erguía la cabeza con soberbia, ya miraba el hervidero de odios infernales con desprecio. Como estaba seguro de sus fuerzas, no sentía recelo ninguno en su empresa. Así ajusta su dardo, y echando el pie derecho adelante y el pie izquierdo atrás, lo despide como la nube tormentosa despide su rayo asolador. Imaginaos el culebreo de una centella en negra noche y veréis cómo culebrea la flecha en la oscura caverna. Y apenas despedida cae sobre las carnes de Iama y bebe con ansia verdadera su sangre. Por más que intenta el dios arrancársela con sus propias manos, agitado por un supremo esfuerzo, no puede conseguirlo. Sus ojos arrojan llamas, cual suelen los cráteres; su pecho rugidos, cual suelen las erupciones; y á los estremecimientos de su cuerpo la tierra, donde salta, se bambolea y estremece cual á internos sacudimientos. Mas el gue-



rrero no retrocede, y le cubre con sus dardos todo el cuerpo, y en cada uno de estos dardos, adheridos á sus carnes, le salen por sus puntas un río de sangre. Sus cabellos arden como una selva por los ardores del estío abrasada. Sus venas se rasgan como las laderas de un monte sacudidas por los terremotos. Su cuerpo cae al fin desplomado como el cedro á cuyas raíces hanse aplicado las cortantes hachas. Al verlo caer el rey, entra, se arroja sobre Urvasia, la levanta en sus brazos, la echa sobre sus hombros, la saca del abismo con celeridad y la deposita sobre su carro con todas las ufanías propias del triunfador y del triunfo. El rostro de Urvasia, que se había descolorido como se descolora la luna en los resplandores del sol, recobra poco á poco su brillo. Las apsaras agradecidas tejen con adelfas, laureles y palmas, gloriosa diadema y la cuelgan del carro, á fin de que pueda transmitirla el triunfador á sus hijos. Y bien podían hacerlo, pues en las incidencias del combate las cuitadas se estremecieran como la sensible avecilla madre al ver el nido de sus polluelos amenazado por el áspid venenoso de una serpiente. Después de haber huído al terror de la guerra, como el jilguero á la presencia del buho, cantaban ahora un himno de alabanzas muy semejante al que despiden las alondras regocijadas al nacer la mañana y sumergirse raudas

en el inmaculado azul de las alturas celestiales. La caverna infernal calló, como si todos sus habitantes hubieran desaparecido; mas, en cambio, los seres naturales y humanos levantaron en aquel minuto solemne una oda triunfal de alegría.

El rey, á la vez que las ninfas cantaban, pedía-les fuesen á contemplar la rescatada Urvasia. Sus sienes agitadas levantan á los latidos suyos la guirnalda que las ciñe. Su seno palpita bajo la blanca vestimenta. Salta de su pecho el corazón. A sus párpados se pende una lágrima tan luminosa como la gota de rocío prendida en la flor del sacro loto. Su cuerpo está yerto, pero no acabado. Aun la luz del espíritu no se ha extinguido en aquel seno, aunque vacile, como vacila también la llama del sacrificio al azote de los vientos. Las apsaras circundaron á Urvasia para socorrerla con solicitud y llamarla con clamores á la verdadera vida. «Abre tus ojos, le decían, como el sacro loto se abre al venir la noche y sus sombras. Respira como los vientos del mar tras la tempestad. Colora tus mejillas con el rubor virginal, como se colora el cielo con su aurora.» Cual aguardan las avecillas bajo las ramas el amanecer para cantar su alegría, las apsaras aguardaban el despertar aquel para darse á todos sus naturales júbilos. Urvasia comenzó por fin á respirar. Sus ojos se abrieron, y la impresión que



causaron sólo puede compararse á la producida por el sol tras un eclipse. ¡Cuán hermosa estaba! Sus negros cabellos destrenzados caían sobre su seno y aumentaban su blancura, como la sombra que dilata el astro de la noche, cual un pliegue de su vestidura, en el mar, abrillanta más el rielar de sus rayos en las aguas. Las cejas pintadas por los tilakas del amor ocultan dos ojos negros como una noche del estío. Su frente pálida, sus labios entreabiertos, su seno palpitante, sus sonrosadas mejillas le dan el aspecto de una diosa. En efecto, las apsaras llevan su hermana predilecta y la interrogan sobre las cavernas donde ha yacido. Ella les dice cómo el tiempo no corre allí en aquel antro de los remordimientos. Parado en la eternidad, no mueve ni metamorfosea los objetos ni los pensamientos. Mares de nieve cubren su entrada, que apenas iluminan algunas pavesas de mundos malditos, arrastrados sobre su soledad inmensa, mucho más horrorosa que la soledad de los sepulcros. Sombras fatídicas despiden lamentos de sus negras bocas y corrompida sangre de sus laceradísimos costados. Doquier ponéis la planta, dejáis huellas de amarillo azufre. Por las sendas, sin otra luz que la despedida tristemente de siniestras y nocturnas retinas, vense cabezas amontonadas, cuya sonrisa, en la cual se mezclan el dolor y el sar-

casmo, á la verdad, os hielan de petrificador espanto. Entre las calderas, donde cuecen pedazos disyectos de infelices condenados, que conservan la sensibilidad en su cuerpo y en su organismo para padecer más; pisando las serpientes que muerden á sus víctimas sin rematarlas nunca; á las orillas de mares formados por ríos de sangre; llenos los ojos con vapores de lágrimas y los oídos con ecos de lamentos, pedís al cielo, si es que desde allí podéis invocarlo, que os robe la sensibilidad y el pensamiento para no ver ni considerar de modo ninguno todo lo que allí sucede y pasa. Baste decir que del abismo aquel surgen y se derraman por los espacios todos los males que amargan nuestra vida y todos los errores que oscurecen nuestra conciencia.

En la India tiene por atributo la divinidad protectora del amor un pez de cien colores, colgado de un bambú, que lleva en el puño á guisa de viejo pescador. Y este Dios acababa de traspasar al monarca en el corazón é infundirle una pasión ciega por Urvasia. Desde aquel punto nada podía consolarle ya en esta vida. El amor suscita muchos dolores en el corazón, y sumadas las penas del más feliz y satisfecho exceden á las satisfacciones y á los goces en mucho. Así, desde la hora y punto en que aquel guerrero, á quien los dioses infernales no pudieron amedrentar, sentía deslizarse la pasión



amorosa en su alma, tornábase tan trémulo como pobre niño, y de una timidez cuasi femenil. Mientras combatió, todas las fuerzas de su viril compleción se le aglomeraron á una en el pecho; pero vencedor sobre las divinidades infernales, sintióse por la pasión herido y aquejado también de las enfermedades que aquejan á todas las almas enamoradas verdaderamente aquí en el mundo. Así no podía contener su pena rebosante del pecho ni aliviarla con lenitivo ninguno. Resistíase tanto ardor á la sombra del bosque, al agua del arroyo. Una lágrima, sólo una lágrima de Urvasia podía verter océanos infinitos é insondables de consuelos eternos en su despedazado corazón. Los indios creían que unas flores avivaban y otras disminuían el amor. Así el rey enamorado buscaba para su alivio la kururaca teñida de violeta y carmín, la campanilla de color celeste, cuyos pistilos se parecen á perlas, y las lianas más vistosas que las colas del pavón, las cuales apenas calmaban sus dolores ni vertían bálsamo ninguno en su pecho, ellas, nacidas á consolar los verdaderos amantes. Pero el cielo se mezclaba en todos los hechos de la India muchísimo, y, por tanto, se confundían los dioses, no sólo con los hombres, sino también con los animales y hasta con los árboles. En cuanto vió Indra el amor de aquel monarca por la misma Urvasia

de él despreciada, resolvió atraerla con atracción imperiosa é incontrastable hacia sí y subirla consigo al cielo. En efecto, acababa el rey de hincar su rodilla en el mullido césped para pedir á Urvasia la natural correspondencia con su cariño, cuando el mandato de Indra descendió de lo alto, llamando á las apsaras y á Urvasia con imperioso llamamiento. No hubo remedio sino escucharlo y atenderlo. Volaron todas en tropel, y á la cabeza de todas, y primero que todas, voló Urvasia. Mas como quiera que la retenía en el suelo una propensión invencible á su salvador, enredáronse los piés en la hiedra y aun pudo solícita dirigirle una mirada suprema.

En efecto, Urvasia no podía responder á los reclamos del rey como no hablase antes con Indra. Solitario ya el monarca, tuvo que retirarse á su gran ciudad. Era ésta de tales dimensiones que se necesitaban doce jornadas en rápido carro para circuir-la. Todo es allí animación. Sus muros están pintados por manera tan maravillosa que los creeríais hechos de rica pedrería. Por sus calles se cruzan los elefantes agobiados de mercancías con los caballos cargados de hierro y de guerreros. Ahora se ven por ellas, bajo los palanquines, de púrpura los príncipes vestidos de tisú, y sobre los carros plateados como la luna llena las vírgenes tendidas en cojines azules y envueltas en gasas argéneas. Dan-